

INTELECTUALES Y POLÍTICA
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Economistas e intelectuales en la España del primer tercio del siglo xx*

PABLO MARTÍN ACEÑA

Estáis advertidos, vosotros los hombres de acción no sois más que las herramientas inconscientes de los pensadores, quienes, en su humilde silencio han diseñado vuestros planes de acción.

HEINRICH HEINE

LOS INTELLECTUALES

«Trabaje usted heroicamente: no lo más importante pero sí lo más urgente que hoy necesitamos es economía. Sin unos cuantos economistas no haremos absolutamente nada; con ellos lo haremos todo. Creo que no puede pedírseme más paladina declaración de la gran, la inmensa misión de un oficio que es bien ajeno al mío». Así se expresó Ortega y Gasset, el intelectual más representativo de la España del primer tercio del siglo xx, en una carta que en 1914 dirigió a Luis Olariaga, un joven estudiante universitario que con el tiempo se convertiría en uno de los economistas más influyentes de aquellos años y en un estrecho colaborador del propio Ortega en varias de sus aventuras editoriales. Olariaga no fue el único profesional de la economía que destacó por sus actividades académicas y profesionales, sino que formó parte de un denso racimo de gentes que con su labor universitaria, sus publicaciones y su presencia pública, protagonizaron una verdadera renovación de los estudios económicos en España; además, los economistas quisieron sumar su voz al coro compuesto por tantos otros hombres de letras y de ciencias que desde sus oficios varios denunciaban el letargo cultural en el que estaba sumido el país, al tiempo que se aprestaban, con la pluma y la palabra, a sacarlo del pozo de la historia. Flores de Lemus, Bernis, Olariaga, Bernácer, Fernández Baños y algunos otros nombres que luego nos encontraremos, fueron miembros de tres generaciones que se incor-

* Las páginas que siguen son un ensayo, por lo que he preferido prescindir de las notas; en buena medida, el texto descansa en la bibliografía que se incluye al final. Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología BSO 2000-0657.

poraron sin complejos a la vida pública nacional, participando de lleno en el fértil ambiente intelectual y político que caracterizó la España del primer tercio del siglo xx.

Porque en efecto, el período comprendido entre 1900 y 1935 fue de una efervescencia cultural extraordinaria. En tres décadas y media se agolparon un amplio puñado de individuos procedentes de varias áreas del conocimiento, con una «heroica vocación intelectual», como ha escrito Julián Marías, cuyo propósito fue «poner al país en el mapa europeo de la cultura y de la ciencia para despertarle hacia formas superiores de vida». Muchos pensaban que la sociedad española había quedado al margen de las grandes corrientes intelectuales de Europa, apenas rozada por la revolución científico-técnica que había transformado la faz de una parte del Continente. Estaban convencidos del atraso político, social, cultural y económico del país, de su insignificancia internacional, y de la imperiosa necesidad de sacarlo de su estado de postración. Aunque este diagnóstico nos parezca ahora algo exagerado, lo cierto es que así era como lo sentían las generaciones que fueron incorporándose a la vida pública desde principios del siglo xx. Decía Ortega en 1917: «tenemos que ensancharnos las cabezas para dar a nuestras ideas dimensiones de mundialidad; la España de villorrio no nos interesa: queremos y creemos posible una España mundial». Para Ortega, como para sus contemporáneos, Europa era sinónimo de «modernidad racionalista» y nosotros estábamos fuera de las corrientes del progreso. Se trataba de llevar a la nación española al mundo moderno, colocarla en la senda del progreso, y nuestros intelectuales se autoproclamaron, como no sin ironía ha señalado Cacho Viu, «líderes de la modernización y asumieron o pretendieron asumir un papel dirigente». Desde la prensa y la tribuna se lanzaron a una cruzada para transformar la sociedad; sus escritos, sus conferencias, su presencia cerca de los políticos serían los catalizadores que como potentes enzimas provocarían un cambio radical en el cuerpo social. Por lo demás, los intelectuales españoles del xx calcaron el modelo clásico que nos han descrito Santos Juliá y Carlos Serrano: «individuos que no sólo se preocupan de sus ámbitos de investigación o de su profesión, sino que toman conciencia del papel rector que les corresponde asumir en un país atrasado y pobre y deciden lanzarse el debate público utilizando los medios a su alcance, para dejar oír su voz, de forma que pluma en ristre ora hacen frente al poder ora denuncian los males de la sociedad y proponen sus propias recetas curativas». Son «tipos —sugieren ambos autores— que han descollado en algún oficio intelectual —escritores, científicos, médicos, ingenieros— que intervienen en él sobre cuestiones políticas no relacionadas directamente con su oficio y que son escuchados no tanto por su autoridad sobre el tema como por la

excelencia de su obra». Participan porque sienten la necesidad de hacer algo, de implicarse en la regeneración del país.

El número de individuos que se apuntaron a la tarea de renovar la cultura española no fue nada desdeñable; no estamos ante unas pocas personalidades extemporáneas más o menos geniales; más bien, por el contrario, nos encontramos ante un hecho social de considerable magnitud, cuantitativa y cualitativa, por la calidad de las gentes que en él participaron. La nómina de la comunidad intelectual es sorprendentemente larga. Incluye los consabidos nombres de rigor, novelistas, poetas, abogados, filósofos, historiadores, políticos, pero también hombres de ciencia, por lo general menos citados, como Nicolás Achúcarro, Julio Rey Pastor, Miguel Catalán, Blas Cabrera, Ignacio Bolívar, Enrique Moles, además de Gregorio Marañón y Santiago Ramón y Cajal. Estos son únicamente la punta del iceberg, pues en la misma cesta cabe incluir a todos aquellos que se adhirieron a la Liga de Educación Política Española presentada por Ortega en su resonante intervención («Vieja y nueva política») del 28 de marzo de 1914.

Juliá y Serrano, cada uno por su cuenta, han sugerido que esta sorprendente eclosión de pensadores dispuestos a zandear a la nación española fue posible gracias a la conjunción de una serie afortunada de factores: de un lado, la consolidación del liberalismo político y la creación de un marco jurídico apropiado sin el cual es difícil que pudiese aparecer la figura del «autor» moderno; de otro, el progreso material, que trajo un aumento del nivel de vida, un descenso de los niveles de analfabetismo, una creciente urbanización y la ampliación del mercado de las letras, gracias a la prensa, a las nuevas redes de comunicación y a la mejora en los sistemas de transporte; también a la acción del Estado, que por fin tomó conciencia de la necesidad de impulsar la enseñanza; ahí están el Ministerio de Instrucción Pública en 1900 y poco después en 1907 la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), sin duda una de las instituciones más singulares del panorama cultural español. La Junta, bajo la presidencia de Cajal y la regencia del eficaz y espartano José Castillejo, realizó, con escasos medios, una prodigiosa labor y la sincronización de las actividades universitarias españolas con las del resto de Europa. La Junta, como ha afirmado Cacho Viu, se propuso crear una minoría de hombres de ciencia que actuara a modo de masa crítica desencadenante de una reacción pedagógica generalizada. Y lo logró, pues generó lo que el poeta Joan Maragall llamó «un cierto grado de fortaleza intelectual», imprescindible para aprovechar el pensamiento foráneo y poder utilizarlo de manera provechosa.

El elemento material no debe despreciarse. La economía española del primer tercio del siglo xx registró un conjunto de transformaciones que la encaminaron, despacio pero sin vuelta atrás,

hacia una situación plenamente capitalista por la senda de la industrialización. Creciendo a una tasa media que se situó entre un 1,5 y un 2 por 100, el país acortó parte de la distancia que le separaba de la Europa desarrollada. La población saltó de los 18,5 millones en 1900 hasta los 23,5 a finales de 1930, gracias sobre todo a un descenso apreciable de la tasa de mortalidad. El empleo en los sectores industrial y de servicios alcanzó la proporción del 55 por 100, superando con ello a los activos en la agricultura; la población residente en zonas urbanas (por encima de los 50.000 habitantes) llegó al 35 por 100 en el decenio de los 30, mientras que en 1900 era tan sólo del 20 por 100. La tasa de alfabetización también avanzó, del 40 al 70 por 100, sin duda un salto bastante notable. Verdad que la renta per cápita de la España de 1930 aún quedaba lejos (un 60 por 100) de la británica o la francesa, pero la distancia se había reducido si la comparamos con 1900. El tejido productivo se encontraba más diversificado y un buen número de sectores industriales se había incorporado a la llamada «Segunda Revolución Tecnológica». Por eso resulta acertada la descripción que ha propuesto García Delgado en un trabajo reciente: «la economía española durante el reinado de Alfonso XIII es la economía de un país que se adentra en los dominios de esa renovada combinación de técnicas productivas. Modalidades organizativas mercantiles, movilización de recursos financieros y relaciones sociales de producción que se conoce como segunda revolución industrial... Es la economía de un país que arranca con un buen paso la centuria del novecientos, un siglo que en España acabará ofreciendo un saldo sobresaliente de crecimiento y modernización».

El juicio de los contemporáneos, tan negativo y pesimista en ocasiones, transparenta ese progreso al que aludimos. Así, en su conferencia del 26 de febrero de 1925 en la Universidad de Bonn, Francisco Bernis, uno de los economistas españoles más destacados del primer tercio del siglo xx, señaló que desde 1900, y sobre todo después de 1914, se había producido un verdadero «robustecimiento del capitalismo español, que hace que la economía española sea ya una economía fuertemente capitalista». La minoría rectora del empresariado español —añadía Bernis— había alcanzado una cohesión de la que antes carecía. Ese papel dirigente del empresariado en la sociedad española había aumentado su poder económico. El balance del decenio, según reconocía Bernis ante sus oyentes alemanes, era bastante favorable: «La agricultura extensiva del cereal ha aumentado significativamente sus cifras de producción, lo que ha permitido reducir las importaciones necesarias entre 1914 y 1924, provocando así un gran resultado: el equilibrio de la balanza agraria. También han sido intensos los cambios registrados en la gran industria, nacidos de las alianzas

del capitalismo extranjero y español, que han creado nuevas producciones, o bien la capitalización de nuestra industria se ha producido adquiriendo negocios establecidos en España por la inversión extranjera (especialmente presente en el sector energético). Las industrias hidroeléctricas, siderúrgicas metalúrgicas, mineras y harineras, y las industrias de bienes de equipo para el cultivo en la agricultura han cambiado radicalmente en este período. Un aumento importante registra también la industria de la construcción, derivado del proceso de urbanización en las grandes ciudades». Asimismo, el economista español llamó la atención del relevo acaecido en el seno de las clases poderosas: «semitas, indios, extranjeros, patricios, comerciantes y políticos convivieron cada vez más en la dirección de las industrias, de la banca y del comercio, y han sido más fuertes que la aristocracia de los campos, principalmente representada por los ganaderos y por familias agricultoras de tradición noble advenidas a la riqueza durante la desamortización». Un escenario socioeconómico, en suma, de ebullición inversora y productiva, de renovación de los cuadros dirigentes en las empresas, de sustitución de personas en los grupos de élites de la sociedad. Un caldo de cultivo propicio para la difusión de nuevas ideas, un mundo preparado para la acción de los intelectuales y una economía lo suficientemente próspera para financiar aventuras culturales. Así pues, gracias en buena medida a este desarrollo económico brotó ese «momento de extraordinaria densidad cultural», donde se juntaron los hombres que venían del 98, con los brillantes individuos del 14 y los impetuosos jóvenes de 27. Se trató, nos dice Juliá, «no sólo de una explosión artística y literaria, sino que también la protagonizaron arquitectos, ingenieros, físicos, químicos, matemáticos, filósofos, pedagogos...», una lista a la que nosotros en este trabajo queremos añadir a los economistas.

TRES GENERACIONES DE ECONOMISTAS

¿Quiénes son nuestros economistas? ¿Dónde les encontramos? ¿A qué se dedicaron? ¿Cuál fue su influencia en la formulación de la política económica en la etapa que les tocó vivir? ¿Cómo cabe considerarlos: intelectuales generales o específicos, de esos a los que se refiere Serrano, citando a Michel Foucault, que intervienen en el debate público a partir sobre todo de sus conocimientos especializados?

Desde luego no tenemos en España un Maynard Keynes, el economista más sobresaliente del siglo xx y una de las personalidades más brillantes de la Europa de entreguerras. Figura deslumbrante, con una mente penetrante y prodigiosa, de pluma fá-

cil y acerada, implacable polemista, Keynes estuvo presente en los grandes acontecimientos mundiales; como asesor del Tesoro británico en las negociaciones celebradas en París tras la primera posguerra y como cabeza de delegación en Bretton Woods, la pequeña localidad de New Haven, donde se fraguaron los acuerdos para establecer el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Keynes estuvo allí y también en multitud de comisiones y conferencias de alto nivel, dejando su huella para la posteridad. Escribió libros que se colocaron en las listas de los más vendidos, trabajos en revistas especializadas y artículos en la prensa, habló por la radio y esparció sus saberes y sus opiniones en un sinfín de charlas por todo el Continente. Miembro notable del afamado grupo de Bloomsbury en el que militaban gentes de tanta excelencia como Lytton Strachey, Virginia y Leonard Woolf, Vanessa y Clive Bell, Roger Fry, Dora Carrington, E. Morgan Forster y el pintor Duncan Grant, el padre de la *Teoría General* se sumergió en todos los debates culturales e intelectuales de su tiempo, contribuyendo a ellos con su vasta erudición y un sentido crítico poco común.

Cierto, no contamos con un Keynes entre nosotros, pero ello no quiere decir que no podamos jactarnos de contar con un número nada despreciable de figuras que renovaron el estancado panorama de la ciencia de la economía en España. Porque nuestros economistas de entreguerras lejos de quedarse en casa, cruzaron los Pirineos, marcharon a los principales centros universitarios de Europa, se mezclaron con los más prestigiosos científicos de las universidades de Cambridge, Berlín, Viena, Columbia, absorbieron sus métodos y cultivaron su amistad. Cuando regresaron a España se preocuparon de difundir lo aprendido, de analizar las causas del retraso económico nacional y de proponer los remedios para situar al país en la órbita del progreso. Sin compartir el ideario de Costa, se apuntaron no obstante a su dictamen: el progreso exigía difundir la enseñanza y multiplicar la riqueza. Para ello proyectaron sus ideas no sólo desde la cátedra, el despacho ministerial o el centro de investigación, que a todos estos puestos accedieron, sino que también se cuidaron de que sus puntos de vista fuesen conocidos a través de libros de amplia difusión, artículos en la prensa diaria y conferencias dirigidas al común de las gentes. Por méritos propios los economistas españoles formaron parte no sólo de esa comunidad científica renovada antes aludida, sino también de esa densidad intelectual de la que nos hablan Cacho, Fusi, Juliá, Marías y Marichal, entre otros. Contribuyeron, como el resto de los científicos, a forjar el nuevo clima intelectual que trajo un profundo cambio en la vida de miles de españoles.

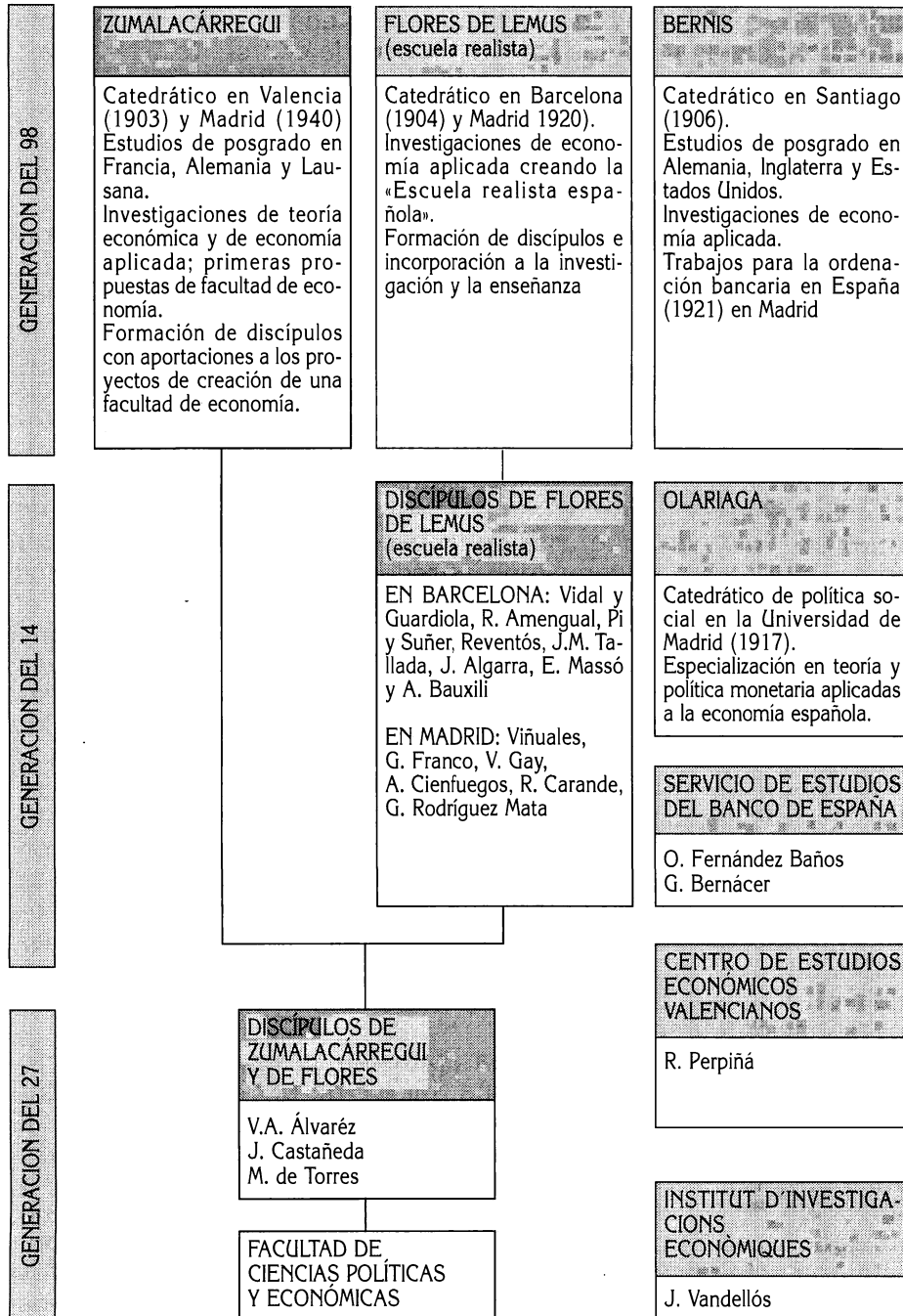
El grupo de economistas de estas tres primeras décadas comparten con sus coetáneos muchas de sus preocupaciones. Lo ha

expuesto con claridad Velarde: todos ellos tienen conciencia de que los saberes que poseen pueden transformar la sociedad y desean hacerlo; buscan, por tanto, cómo conmover al pueblo y a sus dirigentes, para lo cual desarrollan una intensa tarea en una triple dirección: divulgando sus ideas en forma de conferencias, charlas, discusiones públicas, artículos periodísticos, folletos; aconsejando a los políticos a través de conversaciones, informes, dictámenes, e incluso aceptando la participación en el poder, y dedicando buena parte de su tiempo a la docencia para formar nuevas generaciones de economistas.

Gracias a la impresionante labor de Fuentes Quintana, desarrollada en los últimos diez años, disponemos hoy de un cuadro bastante completo de la vida y obra de nuestros más destacados economistas. Para el período que nos ocupa creo que merece la pena reproducir, por su enorme valor ilustrativo, el esquema que aparece en el sexto de los volúmenes de *Economía y Economistas españoles*, editados por Fuentes, donde se ordenan a los integrantes de las tres generaciones que entre 1900 y 1936 personificaron la modernización de los estudios de economía en España. El editor sostiene, en el extenso ensayo introductorio incluido en el primer volumen, que este puñado de profesionales unidos por un mismo interés y vinculados estrechamente entre sí fueron los artífices de una auténtica renovación teórica y práctica en el campo de la investigación económica, un hecho posible porque todos ellos percibieron el atraso metodológico acumulado en las aulas durante los cincuenta años anteriores y porque comprendieron que la respuesta estaba en importar conocimientos de Europa; conscientes del atraso, se pusieron de inmediato manos a la obra para evitar que la distancia se transformara en un abismo insondable. Nada extraño, por lo demás, que los guarismos identificativos de estas tres generaciones de economistas coincidan con los acuñados por la tradición cultural española: a la primera, la del 98, le correspondió la tarea de renovar la metodología económica; a la segunda, la del 14, la de consolidar los avances y elevarlos de nivel, y, en fin, a la tercera, la del 27, además de concluir el proceso, poner en pie y dirigir los primeros centros de investigación en economía.

En la cabecera del esquema aparecen tres de las grandes figuras de la economía en España: Flores de Lemus, Bernis y Zumalacárregui. Coetáneos de los miembros más destacados de la generación del 98, los tres compartieron experiencias comunes. Unos primeros estudios en la universidad española dirigidos a la obtención de la licenciatura y el doctorado y a continuación un obligado paso por centros extranjeros en busca del postgrado; aquí aprendieron las técnicas más vanguardistas y obtuvieron los conocimientos más avanzados de insignes sabios europeos, esos

LOS INTÉRPRETES DE LA MODERNIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE ECONOMÍA EN ESPAÑA (1904-1936)



con los que todos los españoles debían entrar en contacto, como insistía Cajal desde su puesto al frente de la JAE. Después de estudiar accedieron a la cátedra, una excepcional vía de promoción que en los casos de Flores y de Bernis les catapultó hacia puestos de responsabilidad en la Administración Pública, tan huérfana de capital humano especializado, aunque ello implicara el abandono parcial de la labor universitaria de investigación. Nuestros economistas del 98 tuvieron, como sus compañeros de generación, una visión pesimista de España, crítica, la de una nación decadente y agotada, atravesando una grave crisis histórica y necesitada de una rápida regeneración; pero al mismo tiempo parecieron convencidos de las posibilidades de renovación, siempre que se aplicara una política económica de estabilidad y de reformas institucionales. Compartieron también la obsesión por Europa, lugar de donde vendría la luz que iluminaría el camino a seguir para reconstruir el edificio político y cultural de una España que la catástrofe del régimen caciquil y la guerra colonial habían reducido a un montón de históricos escombros; por eso había que europeizar España, la única posible vía de salida del marasmo en el que, según decían, se encontraba el país.

La generación del 14 es mucho más nutrida y en ella cabe incluir a diez destacadas figuras: a Luis Olariaga, posiblemente uno de los mejores economistas de entreguerras y al que mejor encaja el apelativo de intelectual; a Olegario Fernández Baños y a Germán Bernácer, dos competentes profesionales de la economía a los que cupo el honor de ser los fundadores del Servicio de Estudios del Banco de España; y, en fin, a todos los discípulos de Flores de Lemus formados en Barcelona y Madrid, como Vidal i Guardiola, Pi y Suñer, Tallada, Massó, Carande, Gay, Viñuales, Franco, Rodríguez Mata o Alvarez Cienfuegos, por citar una decena. Son dos grupos conectados entre sí, pero laborando cada uno a su aire en ciudades distintas, lo que confirma la tesis de Cacho Viu, que con tanta perspicacia habló de un núcleo importante de intelectuales en la capital catalana distinto del madrileño. Los hombres de esta generación fueron los más beneficiados de la experiencia que supuso la Junta para la Ampliación de Estudios. Becados por ésta, estudiaron y viajaron por el extranjero con modos desenvueltos y sin complejos. Menos preocupados por las esencias de España, su labor fue impulsar los estudios de economía aplicada: Hacienda, finanzas, política monetaria, estadística, historia económica, gestión empresarial, estructura económica e industrial; y además, se involucraron en las instituciones del país, para reformarlas por dentro. Por último tenemos a la generación del 27, cuyos componentes completan el ciclo de modernización de los estudios de economía en España y promueven la creación de centros de investigación. La guerra les pilló en plena madurez pro-

fesional, marcando su futuro según se situaron, voluntaria o involuntariamente, en uno u otro bando. Así, unos, los que marcharon al exilio (como Vandellós), terminaron trabajando en instituciones extranjeras en Europa o en América; los otros, los que permanecieron en España (Alvarez, Castañeda, Torres), fueron los encargados de poner en pie la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas de Madrid, creada en 1943, y de engarzar a los economistas de entreguerras con las nuevas generaciones de profesionales que saldrían de la citada Facultad.

A continuación repasamos la semblanza y la trayectoria intelectual de algunos de estos economistas, aquellos que tuvieron una mayor proyección pública y una participación más destacada en la vida político-cultural del país. Porque frente a los casos de Flores de Lemus o de Olariaga, auténticas personalidades en el mundo de la academia, la prensa y la tribuna, aparecen nombres menos conocidos, que prefirieron encerrarse en las aulas o en su despacho profesional, desde donde también realizaron una notable contribución a la tarea nacional de regeneración, pero de forma más callada y anónima.

ECONOMISTAS E INTELLECTUALES

Con distancia, de los tres economistas de la generación del 98 la figura más descollante es Antonio Flores de Lemus (1876-1941), escritor fecundo, asesor de ministros de Hacienda de gobiernos de distinto signo y de regímenes contrapuestos, maestro de una larga lista de docentes e investigadores, contertulio de literatos y hombres de ciencia y amigo personal de muchos de los intelectuales de mayor renombre de la época. Flores es, por lo que representa en el campo de las ciencias sociales, el equivalente a un Unamuno en el área de la filosofía y de la literatura, o a Ramón y Cajal en el campo de las ciencias experimentales.

De Flores lo sabemos casi todo gracias a los numerosos trabajos de Velarde. Nacido en una familia de la alta burguesía andaluza, nuestro personaje se adornó con una exquisita formación universitaria en Madrid y luego en Alemania, siendo el precursor de otros muchos españoles que optarían por este país centroeuropeo para completar su educación. Su paso por las aulas germanas le deslumbró: absorbió con avidez los aires neohistoricistas que por allí se respiraban, exaltó los resultados del reformismo social emprendido desde 1870, así como la audaz política nacionalista seguida sin complejos por Bismarck y sus consejeros y le impresionó la fortaleza y la eficacia de la burocracia del Estado. Se lo contó desde Heidelberg a Giner de los Ríos, a quien no le ocultó su admiración por lo que pasaba en Berlín, esa nueva Atenas, por

los logros del Reich, un régimen a imitar, convertido en el faro intelectual más destacado de principios del xx.

A su vuelta a España Flores de Lemus ganó en 1904 la cátedra de economía política de Barcelona. Con él entraron en las aulas españolas los nombres de ilustres economistas alemanes y austriacos, Wagner, Schmoller, Menger, Böhm-Baker, y allí dio comienzo su fructífera labor como maestro de economistas. En Barcelona germinó su primera escuela, de la que salieron figuras señeras como Vidal i Guardiola (recomendado por Cambó para ocupar la jefatura del Servicio de Estudios del Banco de España), Pi y Suñer y Tallada, entre otros. Al mismo tiempo, en 1905 comenzó a dirigir el Laboratorio de Economía Política en el Ateneo de Madrid, impartiendo conferencias sobre comercio internacional, e inició la tarea de su vida como consejero en el Ministerio de Hacienda, primero con Raimundo Fernández Villaverde y poco después con Antonio García Alix. Durante una década simultaneó la docencia en la ciudad condal y su trabajo de asesor en la calle de Alcalá, y aún le quedaron horas para encargarse, desde 1917, de la sección de economía de la Junta para la Ampliación de Estudios, desde donde orientó la formación de varias generaciones de economistas enviándoles a estudiar al extranjero. En 1920 accedió a la cátedra de la Universidad de Madrid, lo cual le brindó la ocasión de crear una segunda escuela, donde aparecen figuras como Viñuales, Rodríguez Mata, Cienfuegos y Carande. Afincado en la capital, intensificó su trabajo en Hacienda, siendo nombrado vocal en casi todas las comisiones que se crearon en aquellos años, desde las destinadas a estudiar la reforma del sistema impositivo, hasta las que se establecieron para cambiar los aranceles o implantar un nuevo régimen monetario. Flores se convirtió en el asesor imprescindible de los responsables del Tesoro, en la persona a la que debía consultarse ante de adoptar una medida importante. En el viejo caserón de la Casa de la Aduana todavía se sabe donde pasaba tardes enteras, e incluso noches, redactando informes, preparando dictámenes, ultimando notas para el ministro de turno. Hurgó en todos los asuntos tocantes a la economía: hacienda, comercio exterior, agricultura, transportes, moneda. Le llamaron a su despacho, además de Fernández Villaverde y García Alix, ministros tan dispares como Santiago Alba, José Calvo Sotelo, Indalecio Prieto, Jaume Carner o Joaquín Chapaprieta. También quisieron escuchar sus opiniones en el despacho de la Presidencia del Gobierno: Antonio Maura, Miguel Primo de Rivera y Manuel Azaña mantuvieron conversaciones asiduas con Flores y aunque no siguieron sus indicaciones, su fuerte personalidad les dejaba una impronta imborrable. Colaboró con los políticos de la Restauración, de la Dictadura y de la República, con esa típica lealtad característica de los buenos funcionarios del Estado.

Se lo reconoció Ortega en la conferencia, «Vieja y nueva política» del 23 de marzo de 1914, cuando al referirse a la administración del Estado salió a relucir «el Flores del Ministerio de Hacienda», su llamada labor de asesor y de servidor del Estado. De él se podía decir lo mismo que de los famosos servidores prusianos: «la burocracia, dura, altanera y puntillosa, pero diligente, honrada y eficaz, mejoraba el reino entero».

Conservador, nacionalista, regeneracionista, Flores es un genuino representante de la generación del 98, tan crítica con el sistema de la Restauración, al que de manera injusta achacaban todos los males de la nación: la miseria de sus gentes, la falta de pulso social, el retraso científico, el aislamiento de su economía. Como sus coetáneos, creía necesario provocar un cambio radical de las instituciones, pero desconfiaba de la capacidad del pueblo español para realizarlo. Hombre cuyas raíces intelectuales enraizaban con la Ilustración, partidario —como buen maurista— de la «revolución desde arriba», pensaba que el renacimiento de España debía ser resultado de una dirección e intervención inteligente del Estado, del trabajo diligente de una minoría de políticos conscientes y de un funcionariado capaz y preparado para emprender las reformas vivificadoras que salvarían al país. Como economista, Flores defendió la adopción de políticas económicas nuevas, audaces como las adoptadas en Alemania, regeneradoras del tejido institucional. Típico representante de lo que Fuentes Quintana denomina «escuela realista española», que trataba de acercarse al conocimiento y análisis de los problemas españoles combinando la teoría económica con el análisis histórico y actual a través de la información estadística, Flores argumentó que el avance económico precisaba de rigor en el estudio para conocer bien el terreno y de resolución en las reformas. El futuro no debía fiarse ni a un improbable milagro, ni a la ruleta de la fortuna, pues sólo llegaría como resultado del esfuerzo de la nación.

Ahora bien, Flores de Lemus fue más que un simple economista dedicado a la academia o a calladas reflexiones en el Ministerio de Hacienda. Sabemos, por Velarde, que desplegó un vastísimo interés cultural, en especial por las artes plásticas, que estuvo atento a los movimientos literarios de su época y que poseía un amplio conocimiento de la historia española y europea. Leía y hablaba, además, varias lenguas, modernas y clásicas. Flores era un verdadero sabio, de esos que el Diccionario de la Real Academia define como personas con conocimientos profundos en ciencias, letras y artes. Se preocupó por difundir sus ideas más allá de los muros de la burocracia oficial, para que llegaran al gran público, defendiéndolas en la prensa y en la tribuna. Escribió en publicaciones generalistas como *La Ley*, *El Ateneo* o *La Lectura*, especializadas, como *El Financiero*, e incluso extranjeras, como el

londinense *Times*; disertó en numerosos foros públicos y aunque rechazó una oferta de Maura para entrar en una combinación ministerial, hizo una breve incursión política al formar parte de la Asamblea Nacional de Primo de Rivera, donde intervino en varias ocasiones. Durante la República su voz se dejó oír de forma indirecta, en entrevistas, en breves declaraciones a la prensa y también a través de sus discípulos, algunos de los cuales participaron activamente en gobiernos y coaliciones políticas defendiendo en el campo de la economía las enseñanzas de su maestro.

En el mes de agosto de 1936, con su vida en peligro en el Madrid revolucionario, sus amigos y discípulos le sacaron de España camino de Francia. Cuando regresó en 1939, los adláteres de Franco le declararon oficialmente desafecto en la misma orden del Ministerio de Educación que separó del escalafón de catedráticos a Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz y Agustín Viñuales. En julio de 1940 fue denunciado ante el Tribunal de Responsabilidades Políticas, instruyéndosele el consabido expediente, aunque cinco años más tarde, en 1945, quedó absuelto de no se sabe qué delitos. No llegó a enterarse de la sentencia, pues Flores falleció el 21 de marzo de 1941. Con él desapareció uno de los más sobresalientes «intelectuales específicos» que ha dado la sociedad española.

Menos conocido entre los no especialistas es Francisco Bernis (1877-1933), quizá el más cosmopolita de los economistas españoles de su época. Hombre de compleja personalidad, fue como Flores de Lemus un verdadero hijo de su tiempo, que le llevó a proferir amargos juicios sobre la situación de la economía del país. Dice Velarde que a Bernis «le dolía España», tanto o más que a nuestros ilustres escritores, Azorín, Baroja, Ganivet, Maeztu, Unamuno. Se licenció en Derecho en la Universidad de Sevilla, su ciudad natal. Después cursó los estudios de doctorado en la Universidad de Madrid, donde tuvo la suerte de recibir el magisterio de Francisco Giner, quien guió una gran parte de su recorrido para formarse como economista y profesor universitario, como testimonia la correspondencia intercambiada entre ambos durante muchos años. También fue alumno de Gumersindo de Azcárate, obteniendo de primera mano un conocimiento de las dos corrientes dominantes del krausismo español. Terminados sus estudios en España se embarcó en la aventura de completar su formación en el extranjero, siguiendo la pauta de sus contemporáneos. Por consejo de Giner se matriculó en la Universidad de Berlín en 1903, tomando el curso de ciencia política y estadística de Schmoller. En Alemania vivió dos provechosos e intensos años de estudio; después viajó a Inglaterra en el verano de 1905, donde conoció a Edgeworth, por entonces editor del *Economic Journal*, la revista más prestigiosa en el campo de la economía, y después a Estados Unidos, a la Universidad de Columbia, donde trató con el excelso matemático

J. M. Clark y con el no menos prestigioso hacendista R. A. Seligman. De esta forma puede afirmarse que en la formación de Bernis confluyeron el liberalismo de Giner, el historicismo alemán de sus años de estancia en Berlín y Bonn, junto con el marginalismo austríaco aprendido en Inglaterra y Columbia.

De vuelta a España ganó en 1906 la cátedra de Economía y Hacienda de la Universidad de Santiago, que luego permutó con la de Salamanca. En la capital castellana Bernis se convirtió en un auténtico animador cultural, organizando seminarios, realizando trabajos para entidades de crédito y creando la sección de ciencias sociales en el Ateneo de la ciudad. Después, pensionado por la Junta para la Ampliación de Estudios en 1909 marchó a realizar un periplo por varios países europeos, tomando cursos de economía pública en distintos centros y recopilando información con la cual redactó años más tarde una de sus obras más conocidas, *Consecuencias económicas de la guerra*, título de claras reminiscencias keynesianas.

La vida de Bernis dio un giro inesperado en 1921: le llamó Francesc Cambó, entonces en el momento álgido de su carrera política, para que le ayudase a preparar la Ley de Ordenación Bancaria, una norma trascendental que modificó el panorama financiero español. Se incorporó, por lo tanto, al Ministerio de Hacienda, donde casi en solitario recopiló los antecedentes históricos y legislativos sobre la banca de emisión en Europa, antes de redactar el proyecto del texto que después defendería brillantemente el propio Cambó. Aprobada la Ley, que dio luz verde al Consejo Superior Bancario (CSB), a Bernis le ofrecieron el cargo de secretario general, que aceptó sin dudar, solicitando la excedencia en la Universidad de Salamanca. Al nuevo organismo le dedicó el resto de su vida hasta su prematura muerte en el verano de 1933. Velarde cuenta que el paso de nuestro personaje por el CSB dejó una marca imborrable; además para él supuso disponer de una privilegiada atalaya desde donde contemplar la vida financiera española, con las grandezas y miserias de sus dirigentes, y desde donde pudo satisfacer su vocación regeneracionista laborando en favor de la transformación de las estructuras del país. Como alto funcionario del CSB participó en diversas comisiones oficiales, como representante español en conferencias internacionales, y comités de asesoramiento en las tareas de la Sociedad de Naciones.

En los escritos de Bernis hay una denuncia permanente del retraso de España, que atribuía a la carencia de instituciones modernas y a un Estado sin una sólida administración pública. Estas palabras escritas en 1915 sugieren el trasfondo de su ideas: «El Estado oficial actual no tiene autoridad ni competencia ni libertad moral para acometer la labor. Por eso, el problema es, ante todo,

un problema de la España no oficial y es ineludible una agitación de la opinión conducida con la emoción y la firmeza de una obra de nuevo, de efectivo patriotismo». Nuestro personaje realizaba una interpretación muy dura del atraso económico, que achacaba a la maligna conjunción del proteccionismo integral, la falta de fomento al comercio exterior, la debilidad del mercado interno, la ausencia de una Hacienda pública eficiente y un sistema monetario descoyuntado. Las reformas no sólo eran, pues, necesarias, sino urgentes para sacar al país del hondo pozo en el que se encontraba sumergido. Se precisaba racionalizar el sistema de impuestos, eliminar las trabas a los intercambios internacionales, impulsar la red de transportes y crear instituciones. Su programa, típico del regeneracionismo, le iguala a Flores y le acerca a todos aquellos que clamaban, desde 1900, por un cambio de rumbo en la política nacional. Su grito de combate fue el común a la generación del 98: ¡Europa!

Aunque su dedicación al CSB exigió todos sus esfuerzos, alejándole incluso del mundo universitario, Bernis fue siempre un economista «volcado a la sociedad», publicando sus opiniones en la prensa y en revistas semiespecializadas, acudiendo a seminarios por toda España, dictando conferencias en foros profesionales y asociaciones mercantiles, pero también en el Ateneo, ante un público amplio interesado en temas de economía política. Bernis quiso alzar su voz y participar, desde su campo de actividad, en la vida pública del país, lo cual se constata en su amplísima relación de obras dispersa en libros, revistas, boletines.

* * *

A diferencia de los intelectuales de la generación del 98, los que siguieron, los hombres del 14, ya no fueron testigos directos del drama nacional de finales de siglo, si bien sus creencias estuvieron marcadas por el legado de sus antecesores. Se les enseñó que España era un país incapaz y atrasado, cuya única salvación estaba en acercarse pronto a Europa. En uno de su más celebrados artículos en *El Sol*, Olariaga recordó que su generación «fue impulsada a dejar España por los hombres del 98 y raro fue aquel de nosotros que no saliera a Europa a educarse cuando apenas contaba veinte años; llegamos a una Europa especializada y sabia, llena de centros intelectuales de poderosa atracción. Todo en ella nos deslumbró y parecía infinitamente superior a lo nuestro. Allí nos dimos cuenta del modesto valor que acreditaba a España el mundo civilizado anterior a 1914». Salieron, se educaron, absorbieron los gustos culturales de Berlín, Londres, París y Viena y cuando regresaron a Barcelona o a Madrid sus exigencias, su manera de ver la vida había cambiado de manera radical: desecha-

ron la crítica amarga, dejaron el dolor de España en la frontera y convirtieron el problema de España en un asunto cultural. En 1910, en una de sus primeras conferencias públicas Olariaga manifestó: «Nos daban pena muchas cosas. Pero no podíamos conformarnos con pensar. Todas aquellas dolencias tenían su cura; faltaba inquirir, averiguar las causas y aplicar los remedios. Nosotros éramos jóvenes y debíamos asumir la responsabilidad del porvenir de España. Estudiamos. Averiguamos varias cosas. Y hoy subo yo aquí a contaros algunas. Me dirijo al pueblo, porque el pueblo sufre y quiere revolverse y me atenderá».

Luis Olariaga (1885-1976) es precisamente uno de los hombres más representativos de esta segunda generación de intelectuales. Nacido en Vitoria, en el seno de una familia de pequeños comerciantes, su vida en los primeros años se mueve en el ambiente mercantil vasco, de manera que con una escueta formación marchó a Londres donde se puso a trabajar en el *Crédit Lyonnais*. En la capital británica, que bullía al socaire de un ambiente intelectual único, tras cerca de dos años de vida de empleado de banca, tuvo la fortuna de toparse casi por casualidad con Ramiro de Maeztu, una persona que iba a ser decisiva en el derrotero de su vida. Sus biógrafos, Pérez de Armiñán y Velarde, relatan este encuentro. Cuentan que Maeztu se interesaba por todos los estudiantes españoles, se reunía con ellos en tertulias, les prestaba libros, les daba consejos, les hablaba de Ortega y les animaba a prepararse profesional e intelectualmente para ayudar al país a elevarse. Fue Maeztu el que sugirió a Olariaga emprender una carrera universitaria y el que le presentó a Unamuno, quien le encaminó hacia la licenciatura de Derecho, que obtuvo en la Universidad de Oviedo, y quien después le ayudó a conseguir una beca de la JAE. También le presentó a Ortega, decisivo en su elección de estudiar en Alemania y ampliar sus estudios, ya metido en el campo de la economía. Con la pensión de la JAE se matriculó en la Universidad de Berlín, donde trabajó bajo la tutela de Wagner, de Sering y de Oppenheimer. Abandonó Berlín precipitadamente al estallar la guerra en 1914, se instaló en Madrid y se vinculó al grupo de discípulos de Flores de Lemus. En 1916 leyó su tesis doctoral en la Universidad de Madrid, en un tribunal en el que figuraban Altamira y Posada, entre otros, y sin mediar mucho tiempo ocupó la cátedra de Azcárate en la Facultad de Derecho, cuando éste se jubiló.

Velarde dice que Olariaga fue un profesional de acción, quizá el más arquetípico de los economistas-intelectuales. Su biografía responde al modelo de economistas de estas tres generaciones: es un académico, ejerce de consejero de políticos y de asesor de empresarios y se toma muy en serio la divulgación de sus conocimientos. Olariaga entendió la economía como la explicación del

drama social, como un instrumento valioso para orientar las reformas institucionales que necesitaba el país. Pensaba que la misión de los «profesionales de las ideas», como él mismo se consideraba, era «buscar nuevos rumbos» y la de los economistas en especial la de «hacer labor crítica» e «ir aclarando uno a uno los grandes problemas básicos de nuestra economía». Debían «ir descubriendo a la nación los bajos fondos de su vida política»; debían «ir lanzando datos y argumentos al hemicycle político para que los recojan y los enciendan las pasiones vengan de donde vengan y vayan a donde vayan».

Ortega le abrió la puerta para poner sus conocimientos como economista en acción. Sabido es que éste defendía que «por el periódico, el folleto, el mitin, la conferencia y la privada plática, haremos penetrar en las masas nuestras convicciones e intentaremos que se disparen corrientes de voluntad». Olariaga, de la mano del filósofo, saltará al debate público con una serie de provocativos artículos en la revista *España* en 1915, denunciando la pasividad del Banco de España, una institución que no había respondido sino muy vagamente a sus funciones de entidad emisora. Reformas pedía Olariaga, que la política económica fuese palanca eficaz de renovación del país. Fue Ortega quien dio la entrada a los artículos de Olariaga con estas palabras: «La serie de estudios que hoy comenzamos a publicar constituyen un ensayo de educación política popular, según creemos que ésta debe hacerse, y según se hace en el país, maestro de estos usos necesarios a la democracia, Inglaterra: las cuestiones económicas y políticas son reducidas a términos claros y sencillos, comparando brevemente números y legislaciones, sin palabras violentas y excesivas, dando sólo a los lemas aquella energía correcta que facilita la comprensión en el pueblo».

La colaboración con Ortega continuó cuando éste, con Urgoiti, abordó la gran aventura editorial de *El Sol*. Desde esta tribuna inmejorable emprendió su campaña personal como regeneracionista, para mejorar la vida intelectual, social y económica de sus conciudadanos y contribuir a elevar su altura política. Desde su atalaya de los monográficos de los miércoles, dedicados a las ciencias sociales y a la economía, Olariaga desgranó los males de la economía y de su pluma salieron los remedios posibles. Escribió sobre dinero, sobre ferrocarriles, sobre minería. Fue también el encargado de realizar las crónicas del paso por Madrid de intelectuales europeos en el campo de la economía, incluida la que publicó en junio de 1930 cuando nos visitó el más ilustre de todos ellos, Maynard Keynes, para dictar su famosa conferencia «El futuro de nuestros nietos» en la Residencia de Estudiantes. Además desde muy temprano los políticos buscaron su asesoramiento y debatieron con él en privado y en público. En 1922

acompañó como consejero técnico a la delegación española que acudió a la Conferencia de Génova; en 1928 le llamó Calvo Sotelo para integrarse en el Comité de Intervención de Cambios y en años sucesivos ocupó plaza de asesor en el Consejo Superior de Ferrocarriles y en el Banco Exterior de España. Al estallar la guerra civil se refugió en la Embajada rumana, logrando pasar a Burgos; y allí con Larraz se integró en el Comité Central de la Banca Española. Culminará su carrera como consejero del Banco de España, curiosamente la entidad a la que tan duramente había fustigado.

Luis Olariaga se definió a sí mismo en una conferencia titulada «Tres generaciones de intelectuales» que pronunció en 1925 en la Facultad de Derecho de Madrid. Se sumó a esa generación que «recluyó su juventud en las aulas y en los laboratorios de los centros de cultura europeos» para aprender y verter después sus conocimientos en la sociedad española, con el decidido propósito de cambiarla. Sus armas fueron las clásicas de los intelectuales de su tiempo: la pluma y la voz; sus pilares de apoyo: la cátedra, la prensa y la tribuna. En la contestación de José Larraz al discurso de entrada de Olariaga en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas aquél destacó: «Aunque en las páginas más densas del nuevo académico son las que ha consagrado a los problemas teóricos y técnicos del dinero y de la banca, sería injusto ver en Olariaga tan sólo un especialista de estos problemas. Porque la mayor parte de su labor docente, sin disputa, la que más huella ha dejado en su cuantioso alumnado, ha sido la que vertió en la cátedra de política social, la que canalizó a través de ésta. En Olariaga han convivido a la continua las preocupaciones del especialista y las preocupaciones de un hombre atento a la gran transformación de la sociedad que nos ha tocado vivir».

A Olegario Fernández Baños y a Germán Bernácer debemos incluirlos también en nuestra lista de economistas-intelectuales, pues compartieron con Flores, Bernis y Olariaga las mismas inquietudes y encaminaron sus pasos en la misma triple dirección. Poner sus conocimientos al servicio del país; enseñar en las universidades formando nuevas generaciones de profesionales; y asesorar a los responsables políticos, planteándoles las distintas alternativas a su alcance. Quizá por su personalidad menos inquieta, o por el puesto desde donde llevaron a cabo su principal tarea —el Servicio de Estudios del Banco de España—, que les exigía una discreción exquisita, tuvieron una proyección pública menor que los tres anteriores. Pero como ellos fueron «economistas en acción», con los mismos ímpetus reformistas, que plasmaron en numerosísimas publicaciones, dejando de esa forma una marca indeleble en el quehacer de la política económica y en la vida intelectual del país.

En sus primeros años, Olegario Fernández Baños (1886-1946) luchó casi en solitario para obtener una buena formación. Ingresó en el seminario de Calahorra, que abandonó pronto para hacerse funcionario del Cuerpo de Correos y Telégrafos y poder pagarse los estudios de Ciencias Exactas. Su suerte cambió cuando entró en el grupo de discípulos de Rey Pastor, una de nuestras más figuras más valiosas en el mundo de las matemáticas. Ello le permitió vincularse al Seminario y Laboratorio Matemático creado por la Junta para la Ampliación de Estudios en 1915 y pensionado por ésta pudo completar su formación en universidades de Suiza, Francia e Italia, donde además de matemáticas estudió economía financiera y estadística. Como tantos otros, a su vuelta a España pasó a ocupar una cátedra, la de Geometría Analítica, que ganó en la Universidad de Zaragoza; y de aquí pasó en 1921 a la de Análisis Matemático en la Universidad de Santiago. Docencia en matemáticas, pero investigación en economía. Desde mediados de la década comenzó a publicar libros y artículos en diversas revistas de economía.

Su gran oportunidad llegó en noviembre de 1930. El Banco de España buscaba economistas para un centro de estudios que tenía intención de crear. El entonces gobernador, Federico Bas, sabiendo de la especialización técnica del economista riojano, de sus conocimientos monetarios y de su excelente dominio de los idiomas, le llamó con urgencia a principios de noviembre de 1930 para que se pusiera a disposición de Pierre Quesnay, un acreditado técnico galo director del Servicio de Estudios del Banco de Francia, los días que aquél permaneció en Madrid asesorando a las autoridades españolas. Después de cumplir su misión, Fernández Baños ya no regresó Galicia, pues el consejo del instituto emisor le pidió que se quedase para poner en funcionamiento un centro de investigación de nueva planta, tal como recomendaba el propio Quesnay.

Aunque su entrada en el Servicio le apartó temporalmente de la docencia, tras un breve paréntesis volvió a las aulas en 1934, al acceder, tras la consabida oposición, a la Cátedra de Estadística Matemática de la Facultad de Ciencias en la Universidad de Madrid. La carrera de Fernández Baños en el Banco de España se desarrolló con normalidad hasta la guerra civil. A partir de ese momento, sin embargo, entró en unos tristes derroteros. Siguió al Gobierno y al Banco de España a Valencia, pero su conservadurismo y preferencias políticas le llevaron a huir a Francia para después ingresar en la zona nacional; trató de incorporarse al Banco de Burgos, pero no fue bien recibido y aunque durante la guerra colaboró en el Servicio Nacional de Estadística a su término sufrió un prolongado y penoso proceso de depuración; nunca logró regresar al Servicio de Estudios, aunque sí a su cátedra de Estadís-

tica en la Facultad de Ciencias; al iniciarse los cursos de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en 1944 se hizo cargo de las enseñanzas de matemáticas para economistas. Cuando murió en 1946, su amigo Luis Olariaga, miembro del Consejo General del Banco de España, propuso que se otorgara a su viuda una pensión vitalicia, en reconocimiento a los muchos e intensos años de trabajo que había consagrado al Servicio de Estudios.

Su compañero en el Servicio de Estudios del Banco de España fue Germán Bernácer (1883-1965), modelo de profesional que supo combinar su vocación como teórico con una dedicación verdaderamente meritoria a la economía práctica. Nacido en Alicante en el seno de una familia modesta, Bernácer estudió un peritaje en química, colocándose durante algún tiempo de profesor de esa asignatura. Su vida varió de rumbo gracias a una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios que le permitió marcharse a Alemania para proseguir su formación; fue allí donde se interesó por la economía leyendo a Wicksell y a otros autores germanos. Su peregrinar por centros de estudios también incluyó breves estancias en Francia, Bélgica, Holanda, Italia e Inglaterra. De regreso a la península obtuvo el título de profesor mercantil y en 1905 ganó la Cátedra de Tecnología Industrial de la Escuela Superior de Comercio de Alicante, de la cual asumiría la Dirección en 1926. Cuando recibió la oferta del Banco de España también desempeñaba el puesto de secretario general de la Cámara de Comercio de dicha ciudad y formaba parte del consejo directivo de la prestigiosa «Revista Nacional de Economía», una de las pocas publicaciones españolas de calidad, donde publicaban los mejores economistas. Ya en Madrid, en 1932 sacó la misma Cátedra de Tecnología Industrial, pero en esta ocasión en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de la capital. Así pues, de manera similar a la de su compañero del Servicio de Estudios, compatibilizó sus tareas de investigación y asesoramiento con la dedicación a la docencia. Hasta la guerra civil la trayectoria profesional de Bernácer se desarrolló sin novedades ni sobresaltos. Pero como ocurriera con tantos otros, desde 1936 su apacible vida intelectual y profesional se vio sacudida por los avatares de la contienda y por el fortuito lugar donde le pilló el Alzamiento. Por lo que sabemos recibió la orden de trasladarse a Valencia, que cumplió llevándose su familia a la ciudad de Alicante. A diferencia de su colega del Servicio, Bernácer en ningún momento trató de evadirse, sino que permaneció en zona republicana durante toda la guerra. Cuando en septiembre de 1937 la Administración central del instituto emisor se fijó en Barcelona, decidió sin embargo no seguir a sus superiores y se quedó en Valencia, dependiendo de la Junta Delegada de la Administración y de la sección del Consejo General del Banco en dicha ciudad. Acudió diariamente a su despacho del

Banco hasta el mes de marzo de 1938, cuando las tropas franquistas cortaron la comunicación entre Valencia y Barcelona, un acontecimiento que aprovechó para abandonar la ciudad y marcharse a vivir con su familia a Alicante. Terminada la guerra, el 28 de julio de 1939 se reintegró al Servicio de Estudios, tras el correspondiente expediente de depuración interno. También pudo incorporarse rápidamente a su Cátedra en la Escuela de Comercio, ya que el Ministerio de Educación Nacional, tras revisar su trayectoria como empleado del Banco «rojo», no encontró motivo alguno para depurarlo. No se libró sin embargo del amargo trago de un expediente por responsabilidades políticas que en su caso se originó a partir de una denuncia particular. Por fortuna para él y su familia, el Tribunal de Responsabilidades Políticas de Madrid resolvió el sobreesimiento y archivo de la causa al no encontrar base para incoarle sanción alguna, permitiéndole continuar su trabajo en el Banco de España hasta su jubilación.

Entre 1931 y 1935 los dos economistas del Servicio de Estudios desarrollaron una ingente labor, produciendo un raudal de documentos, publicando diversos informes sobre la economía española y reuniendo una gran cantidad de material estadístico. Reconstruyeron todo tipo de cifras económicas y monetarias, un área en la que nuestro país había acumulado un serio atraso y redactaron ensayos que hoy figuran entre los clásicos de la literatura española sobre el tema. Además, de su experta pluma brotaron crónicas semanales y documentos trimestrales sobre la situación económico-financiera, verdaderos informes de previsión y coyuntura donde los autores desplegaban sus amplios conocimientos teóricos y manejaban las técnicas cuantitativas más depuradas. Su otra tarea fue el asesoramiento periódico al Consejo General del Banco de España y a los ministros de Hacienda, monárquicos y republicanos. Desde la misma creación del Servicio de Estudios, Fernández Baños y Bernácer, a través de sus «papeles», lograron orientar e influir, si bien con desigual fortuna, en la política monetaria española de aquellos difíciles años de crisis política, social y económica. Emitieron multitud de dictámenes sobre política monetaria, animados con el deseo de que sus puntos de vista mejoraran el manejo macroeconómico. Ambos estaban persuadidos de la necesidad de una profunda reforma del Banco de España que le asemejase a los de su estirpe en Europa. Querían un banco central autónomo, capaz de desplegar una política monetaria al servicio de los objetivos de estabilidad, de precios y de tipos de cambio, sin ataduras ni servidumbres con el Tesoro público. Trasladaron al vetusto emisor español las ansias europeizadoras de los de su generación: copiar el modelo del Banco de Inglaterra o del Banco de Francia y plantarlo en el edificio de la plaza de Cibeles.

Del resto de los economistas que aparecen en el esquema poco podemos decir en estas páginas, excepto que como los anteriores fueron pensionados o disfrutaron de pequeñas ayudas de la Junta para la Ampliación de Estudios para estudiar en distintas capitales europeas. Luego, a su regreso, cátedra, centros de estudio y también responsabilidades políticas en la República. Ahí aparece Ramón Carande, que después de cursar Derecho prosiguió sus estudios animado por Giner de los Ríos; más adelante, tras su paso por la cátedra de Sevilla, donde llegaría a rector, se instaló en Madrid y trabajó como asesor del Banco de Urquijo. La guerra le sorprendió en Madrid, donde pasó tiempos horribles. En el caso de Agustín Viñuales, por ejemplo, contemplamos una vida permanentemente asociada a la de Flores de Lemus, en los trabajos de la Comisión del Patrón Oro, en la Comisión Técnica de la reforma agraria de la República; comprometido con Izquierda Republicana y unido a Manuel Azaña, ocupó el Ministerio de Hacienda en la breve etapa de junio a octubre de 1933. En su exilio en Francia, tras la guerra civil, Viñuales seguirá trabajando en temas de economía en el extranjero. Y en fin, parecida es la trayectoria de Gabriel Franco, quien tras estudiar pensionado por la Junta en Alemania, obtuvo la cátedra de Economía Política en la Universidad de Murcia. En abril de 1931 ingresó en Acción Republicana y el gobierno le encomendó diversas delegaciones en el extranjero. En 1933 representó a España en la Conferencia Económica Internacional de Londres. En 1932 fue nombrado director del Banco Exterior de España; también fue ministro de Hacienda en el último gobierno de la República, abandonando España en 1938 e instalándose en Puerto Rico, de cuya universidad fue profesor hasta su vuelta al país en 1967.

* * *

La generación del 27 cierra el proceso de modernización de los estudios de economía en España en el período 1900-1936. En unos casos la formación de sus componentes se forjará bajo el magisterio de Flores de Lemus (Valentín Andrés Álvarez y José Castañeda) o del profesor Zumalacárregui (Manuel de Torres), mientras que en otros, Román Perpiñá y José Vandellós, su carrera profesional evolucionará de manera más autónoma. A todos la guerra civil les pilló en los mejores años de su juventud, marcando su porvenir como economistas. Andrés Álvarez, Castañeda y Torres se quedaron en España y formaron parte del núcleo primitivo del claustro de profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas creada en 1943; Perpiñá resistió la vorágine, pero su actividad profesional después de 1939 quedó muy resentida y Vandellós, que había colaborado con la Generalitat, se vio

obligado a tomar el camino del exilio. A continuación nos ocupamos de estos dos últimos, puesto que sus aportaciones intelectuales vieron la luz durante los años 30.

José Antonio Vandellós y Solá (1899-1950) constituye un caso verdaderamente admirable por su formación técnica, su competencia profesional y su vocación intelectual; su exilio y prematura muerte es el típico ejemplo de desperdicio de capital humano en un país como España, donde si algo falta es precisamente este tipo de dotación productiva. Nacido en Figueres, estudió Derecho en Barcelona, donde se licenció en 1921; fue Vidal i Guardiola quien le encaminó hacia la economía y le aconsejó marchar para completar sus estudios al Laboratorio de Estadística de la Universidad de Padua, junto al afamado Corrado Gini, por aquel entonces una verdadera estrella en el firmamento de la estadística mundial. Allí realizó en 1925 uno de las primeras estimaciones sobre la renta y la riqueza española, que publicó en francés en la revista *Metron*. Como único miembro español del Instituto Internacional de Estadística, su labor fue conocida en amplios foros, en los que participaba sin complejos y haciendo gala de unos conocimientos excepcionales, comparables a los de sus colegas europeos.

A su regreso a Barcelona comenzó a desplegar una actividad formidable, llena de dinamismo, como publicista y animador de vocaciones, entre las que destacarían las de Joan Sardá y Lucas Beltrán. Sus artículos aparecieron en revistas de amplia difusión como *Economía i Finances*, *El Trabajo Nacional*, *Revista Nacional de Economía*, así como en los diarios *La Veu de Catalunya*, *Diari Mercantil* y *La Publicitat*. Jordi Pascual, un estudioso y admirador del personaje, señala que el estilo brillante, ameno y provocador de Vandellós atrajo la atención de los lectores, pues era capaz de abordar sin tecnicismos los principales problemas de la economía y explicar con palabras llanas asuntos a veces tan áridos como las fluctuaciones en la cotización de las divisas. Su preocupación le llevó a participar en aventuras intelectuales múltiples como la Agrupació Pro-Ciències Econòmiques o la Institució d'Estudis Comercials, en pro de la creación de estudios de economía reglados en Cataluña y en España.

Su contribución más sobresaliente fue la creación del Institut d'Investigacions Econòmiques, que además dirigirá desde 1930. Resulta admirable que a tan temprana edad —veintinueve años— lanzase un proyecto de esa envergadura, con una publicación sobre coyuntura económica —el *Butlletí* del Institut— dedicada al análisis y tratamiento estadístico de series económicas, uno de las cuestiones más actuales y modernas de aquellos años. De la pluma de Vandellós salieron ensayos magníficos sobre coyuntura y previsión económicas, comparables a los que realizaban Fernández Baños y Bernácer en el Servicio de Estudios del Banco de

España. Vandellós también estuvo detrás de la constitución en 1934 del Servei Central d'Estadística de la Generalitat, encargado de recopilar las estadísticas oficiales de Cataluña. El trágico desenlace de la guerra civil malogró su carrera profesional, obligándole a tomar el camino del exilio. Siguió, no obstante trabajando, primero en Venezuela, donde colaboró en la formación de censos estadísticos, agrarios e industriales, en estudios de comercio exterior y en el Ministerio de Fomento. Terminada su labor, en 1946 se afincó definitivamente en los Estados Unidos, donde realizó trabajos para las Naciones Unidas y formó parte de grupos de expertos dedicados al asesoramiento económico en varias naciones latinoamericanas hasta que le sorprendió la muerte en Ithaca en septiembre de 1950.

Otro miembro destacado de la generación del 27 fue Román Perpiñá (1902-1991). Nacido en Reus, en el seno de una familia acomodada, propietaria de viñas y comerciante en vinos, pudo recibir una exquisita formación, primero en la Universidad Comercial de Deusto, formando parte de la primera promoción de economistas, después en Inglaterra y en Alemania (Frankfurt y Berlín) y más adelante, becado por la JAE, en el prestigioso Institut für Weltwirtschaft de Kiel en los años 1931 y 1932. El joven Perpiñá compartió con el resto de miembros de su generación la preocupación por la situación de atraso de la economía española y sintió como ellos la urgencia de adoptar medidas. Perpiñá pensaba que ante todo era imprescindible contar con centros de investigación en economía estables, capaces de emprender trabajos serios sobre el funcionamiento de la economía y de recopilar información cuantitativa.

La primera oportunidad para el «sabio de Deusto» —según le llamaban sus colegas— vino de la mano de Francesc Cambó, quien le encargó preparar la documentación para la Conferencia Económica Internacional de Ginebra de 1927, de la que formaba parte el político catalán. Fruto de este trabajo fue su puesta al día de lo que pasaba en el mundo a base de engullir libros, artículos, folletos, prensa. De ahí sacó un exhaustivo conocimiento de la realidad europea de la que se benefició el Centro de Estudios Valencianos (CEV), otra de las instituciones pioneras en España, al que se incorporó como secretario general. En el CEV desarrolló una ingente labor guiado por tres convicciones. En primer lugar, la necesidad de recopilar información cuantitativa para dar solidez a los estudios de economía; segundo, la defensa legítima de los intereses corporativos; y tercero, la convicción profunda de que los intercambios entre países eran uno de los pilares del desarrollo económico. Perpiñá articuló un modelo de crecimiento dinámico basado en la reducción de costes industriales y la competencia y más explícitamente en el fomento de la industrialización vinculada

al mercado exterior como única vía para aumentar el nivel de vida de la población. Ahora bien, como señala Palafox, su biógrafo, el discurso de Perpiñá «es indisoluble del contexto social en el que fue elaborado, del dinamismo y efervescencia de una parte de la sociedad valenciana en los años 30 y de la preocupación que existía en su seno por la situación económica internacional y por la difusión, cada vez más amplia, del convencimiento de que la política arancelaria española discriminaba a los intereses de quienes estaban vinculados a las actividades más competitivas de su economía, entre las que se encontraba buena parte de los cultivos agrarios de la franja litoral valenciana».

Perpiñá fue, como tantos miembros de su generación, un convencido de la obligada cooperación con Europa, así como de la necesidad de poner fin al aislamiento de la economía nacional. Se precisaba importar conocimientos técnicos, maquinaria industrial, ideas empresariales; necesitábamos además el mercado europeo, lo que no se conseguiría sin abrir el nuestro. A defender estas ideas se dedicó Perpiñá con tanto ahínco como a su labor científica o de asesoramiento en el CEEV. Su labor de difusión fue ingente, similar a la de Olariaga. En el CEEV se celebraba un debate semanal sobre los temas más candentes de la compleja coyuntura económica de aquellos años; escribió artículos en revistas especializadas, *Economía Española*, y menos especializadas, *El Financiero* o *Economía i Finances*, que llegaban al amplio círculo de los negocios, y en la prensa, *La Veu de Catalunya*. Empleó la pluma pero también la palabra, a través de conferencias en Barcelona, Valencia, Madrid y Londres, en las que aprovechaba para insistir en la política de cooperación con Europa en materia comercial. En suma, Perpiñá fue uno más de los grandes animadores de la vida intelectual española anterior a la guerra civil.

NOTA FINAL

«La posterioridad duradera de las naciones —escribió Santiago Ramón y Cajal en su precioso libro *Reglas y consejos sobre investigación científica*— es obra de la ciencia y de sus múltiples aplicaciones al fomento de la vida y de los intereses materiales». Me parece a mí que los economistas españoles del primer tercio del pasado siglo, aunque pocos en número y huérfanos de la tradición de sus correligionarios de Berlín, Londres, Viena o Estocolmo, encontraron el camino para renovar los estudios de economía en España, aportando su grano de arena a lo deseado por Cajal. Flores, Bernis, Olariaga, Fernández Baños o Bernácer, por citar sólo unos nombres, fueron allá donde podían obtener la mejor formación, estudiaron, e investigaron los males de la nación,

propusieron soluciones y lucharon por ellas. Hijos de su tiempo, emplearon todos los medios a su alcance, la cátedra, los despachos ministeriales, la prensa, la tribuna, para intentar cambiar el país y elevar los conocimientos sobre la economía nacional. Fueron buenos economistas, no les faltó el talento ni el tesón, tuvieron la fortuna de ser escuchados por los políticos y por otros intelectuales, formando con ellos esa «fortaleza cultural» a la que se refirió Joan Maragall. Por lo demás, ha sido mérito de dos académicos actuales, Fuentes Quintana y Velarde, en cierto modo herederos de la tradición que dejaron aquellas tres generaciones de entreguerras, rescatar de un prolongado e ignominioso olvido lo que fueron y significaron nuestros economistas de entreguerras.

Sin duda aunque en la balanza académica el *haber* pesa en su caso más que el *debe*, no debemos ocultar el *coste de oportunidad* que representó para la universidad su dedicación a tareas en instituciones no universitarias. La escasez de científicos sociales, de capital humano diríamos hoy, que sufría la administración pública y muchas instituciones del Estado les arrastró fuera de las aulas hacia los despachos ministeriales, como asesores y consejeros de políticos y ministros de diverso signo. No pudieron resistirse porque lo urgente era transformar el país, sacarlo de su ancestral atraso; tampoco quisieron refugiarse en torres de marfil, sino que bajaron al debate público. Fueron por eso *intelectuales* en el sentido más genuino del término, pero trocaron tal calidad por la de verdaderos *scholars*, en la más pura tradición anglosajona. Lo que el país ganó por un vértice, lo perdió por otro.

Un último asunto. La influencia de nuestros economistas-intelectuales no consiguió que alcanzaran uno de sus objetivos más anhelados: la formalización de los estudios de economía en España con la creación de una facultad independiente. Lo reclamó en vano Zumalacárregui en 1933: necesitamos —dijo— centros «especulativos, consagrados a la investigación por la enseñanza y para la enseñanza, en contacto estrecho y continuo con la realidad económica como medio indispensable para recoger todo el material de observación sin el que su labor científica sería inútil o imposible y ordenada a la formación de economistas científicos, ante todo, y después a la de economistas, hombres de Estado para el servicio de la nación». Denunciaba que todas las universidades de prestigio contaban con centros superiores de enseñanza en economía. Sobre esta situación se manifestó el propio Keynes cuando en 1930 pasó por la Residencia de Estudiantes de Madrid para pronunciar una de sus conferencias; en una entrevista publicada en *El Debate* declaró su extrañeza ante la ausencia de estudios de economía a nivel universitario, añadiendo que «nada más importante para el desarrollo de un país que una buena escuela de economía...; en el momento actual lo económico tiene una su-

premacía inevitable y ha de ser resuelto en primer lugar; una buena escuela de economía es absolutamente necesaria en una nación».

De nuevo es Velarde quien nos ha recordado los intentos fallidos durante la Segunda República para crear un centro de enseñanza superior en economía. Ahí está, por ejemplo, el proyecto del Ministerio de Instrucción Pública para abrir en 1931 una Facultad en la Universidad de Madrid. Para llevarlo adelante, los responsables políticos desearon pulsar la opinión de los claustros de profesores de centros afines ya existentes, así como la de diversos expertos. Las respuestas fueron muy distintas. Sin rechazar el proyecto, ni la Facultad de Derecho ni la de Ciencias mostraron el más mínimo entusiasmo, recelosas de que la nueva Facultad invadiera su terreno. Sus dictámenes despidieron un cierto tufillo corporativista, reflejo quizá del temor de que sus docentes quedasen al margen de unas enseñanzas que consideraban cercanas a lo jurídico, en el caso de la primera, y a lo matemático, en la segunda. Además expresaban dudas sobre su eficacia (Derecho), o bien recomendaban que una porción del currículum se les confiase (Ciencias). La Escuela Superior de Comercio de Madrid opuso incluso mayor resistencia, exponiendo sin ambages que de abrirse, los nuevos centros debían estar radicados en las ya existentes escuelas de estudios mercantiles. Al contrario, como cabía esperar, los informes redactados a título personal por José A. Vandellós, Román Perpiñá y Olegario Fernández-Baños, que lo firmó como subdirector del Servicio de Estudios del Banco, fueron de distinto tenor. Sin reticencias ni aristas apoyaban la apertura inmediata de facultades de economía y ofrecían, acompañando a sus dictámenes, planes de estudio. A la postre los responsables de la política universitaria de la época desistieron en sus propósitos y el proyecto ascendió al limbo de las buenas intenciones. Como se había barruntado en su día Zumalacárregui, ganaron los intereses corporativos.

El vacío se trató de llenar con remedios parciales. En la Facultad de Derecho de Madrid se organizaron desde 1932 los denominados «Cursos especiales de estudios económicos, políticos y administrativos» y desde 1933 se inauguró una especialidad en esa misma licenciatura en la Universidad Autónoma de Barcelona. De los primeros sabemos que comenzaron en el año académico 1932-33 y continuaron hasta 1935-36, interrumpiéndose con la guerra. Participaron en ellos doce profesores, que formaban la flor y nata de la economía en nuestro país: Ramón Carande, Gabriel Franco, Federico Reparaz, José Barinaga, José Prados Arrarte, Luis Olariaga, Julio Tejero, José Castañeda, Enrique Rodríguez Mata, Valentín Andrés Álvarez y Manuel Díaz Pedregal; algunos de ellos contribuirían después en 1943-44 a que la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas diera sus primeros pasos. En cuanto

a Barcelona, se trató de estudios desarrollados en la denominada Universidad Autónoma de los cuales desgraciadamente sólo se sabe que existieron.

El intento postrero para cubrir la inmensa laguna que en el campo de la investigación y docencia dejaba abierta la carencia de facultades de economía se llevó a cabo poco meses antes de que comenzara la guerra civil. Se trató del denominado «Centro de Estudios Económicos», creado por el entonces ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Filiberto Villalobos González. Se reconocía la insuficiencia de los estudios de economía existentes en España y se quería ampliarlos y sistematizarlos en un plan general, prestando especial atención a la formación intelectual de los investigadores. En una primera etapa se primarían las enseñanzas de carácter técnico-práctico, destinadas a dar una formación económica a funcionarios del Estado empleados en las oficinas económicas y comerciales, a los empleados de bancos y aseguradoras y a los de compañías de ferrocarriles. En una segunda fase, cuando los recursos presupuestarios lo permitiesen, pretendía crear un verdadero Instituto de Ciencias Económicas, «en el que se estudie la realidad económica del país, y a la vez los instrumentos técnicos, objetivos, y que hoy han alcanzado pleno rigor científico con las aportaciones de los modernos economistas matemáticos, y con construcciones de tan precisos resultados como la teoría del equilibrio y el mecanismo de formación de los precios, o como el análisis de los ciclos, de los movimientos de inflación y deflación y de los cambios y de la previsión en materia de crisis». Ciertamente el proyecto quedaba a larga distancia de la esencia de una Facultad de economía, pero no dejaba de representar un avance. En cualquier caso, la guerra civil truncó la iniciativa, como tantas otras. Después, nada se volvió a saber de ese Centro, si bien cabría conjeturar que quizá la idea inspiró años más tarde la constitución del Instituto de Economía Sancho de Moncada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. No debería extrañarnos la conexión, pues alguno de los que apoyaron aquél en 1936, como Olariaga y Zumalacárregui, anduvieron también detrás del Sancho de Moncada, cuyo primer director fue precisamente el último de los mencionados.

BIBLIOGRAFÍA

- CACHO VIU, «Hacia una historia intelectual en el período de entreguerras», en *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- FUENTES QUINTANA, Enrique, «Ensayo introductorio», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 1: Una introducción al pensamiento económico*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999.

- FUENTES QUINTANA, Enrique, «Francisco Bernis: el tercer intérprete de la modernización de los estudios económicos en España», Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 1: Una introducción al pensamiento económico*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999.
- FUSI, Juan Pablo, *Un siglo de España. La cultura*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons, 1999
- GARCÍA DELGADO, José Luis, *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Madrid, Espasa Calpe-Colección Austral, 2002
- JULIÁ, Santos, «La aparición de los intelectuales en España», *Claves de la Razón Práctica*, 86 (1998).
- «Algunas maneras de ser intelectual en la política», en A. Morales (Coord.), *Las Claves de la España del siglo XX. La Cultura*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001.
- MARIAS, Julián, «Veinte años de vida intelectual española», en *Los Españoles*, Madrid, Revista de Occidente, 1972.
- MARICHAL, Juan, «La europeización de España», en *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo, *El Servicio de Estudios del Banco de España, 1930-2000*, Madrid, Banco de España, 1999.
- PALAFOX Gamir, Jordi, «El Centro de Estudios Económicos Valenciano. Román Perpiñá i Grau: del fomento de la industrialización competitiva al estudio de los desequilibrios regionales», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 6: La modernización de los estudios de economía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2001.
- PASCUAL ESCUTIA, Jordi, «El Institut d'Investigacions Econòmiques. José Antonio Vandellós», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 6: La modernización de los estudios de economía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2001.
- PÉREZ DE ARMIÑÁN, Gonzalo, «El profesor Luis Olariaga y Pujana. Una aproximación a su vida y a su obra», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 1: Una introducción al pensamiento económico*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999.
- SERRANO, Carlos, «El nacimiento de los intelectuales: algunos replanteamientos», *Ayer*, 40, 2000.
- VELARDE FUERTES, Juan, «Francisco Bernis ante la economía española», en *Introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX*, Madrid, Editora Nacional, 1974.
- «Un escolarca: Flores de Lemus» en *Introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX*, Madrid, Editora Nacional, 1974.
- «Prólogo» a la edición del libro Luis Olariaga Pujana, *Escritos Varios*, Madrid, Fundación Fondo para la Investigación Económica y Social, 1989.
- «Reivindicación de Olegario Fernández Baños», en *Economistas españoles contemporáneos: primeros maestros*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.
- «Luis Olariaga, el extranjero en su patria», en *Economistas españoles contemporáneos: primeros maestros*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

- VELARDE FUERTES, Juan, «El legado de Flores de Lemus», Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 6: La modernización de los estudios de economía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2001.
- «Antonio Flores de Lemus: una revisión veinte años después», Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol 6: La modernización de los estudios de economía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2001.

RESUMEN

Durante el primer tercio del siglo xx España vivió una etapa de verdadera efervescencia intelectual. Se juntaron tres generaciones excepcionales, la del 98, la del 14 y la del 27, que situaron a nuestro país en la órbita de la cultura europea. El ensayo repasa la participación de los economistas en ese extraordinario acontecimiento. Desde sus saberes específicos, los profesionales de la economía se unieron al coro de los hombres de letras y de ciencias que, desde la tribuna y la prensa, pidieron la europeización de España, la reforma de sus instituciones, una mayor atención a la educación y el progreso de la cultura. El trabajo muestra cómo los economistas españoles inscritos en alguna de las tres generaciones mencionadas contribuyeron al ambiente de euforia intelectual, y repasa sus principales aportaciones al conocimiento de la economía nacional.

ABSTRACT

The first thirty years of the 20th Century were for Spain an intellectual golden age. Together, three exceptional generations —those of 1898, 1914 and 1927— brought the country up to the level of European culture. This essay reviews the role played by economists in this extraordinary event. In their specific domain, professionals of Economics joined the social and natural scientists who demanded —in Parliament as well as on the Press— the europeization of Spain, the reform of its institutions, and the progress of its education and culture. The article shows the way in which Spanish economists of all three generations added to the climate of intellectual euphoria, and reviews their main contributions to the study of Spanish economy.

Pablo Martín Aceña es Doctor en Ciencias Económicas y catedrático de Historia Económica de la Universidad de Alcalá. Dirige el Programa de Historia de la Fundación Empresa Pública y la *Revista de Historia Económica*. Sus últimas publicaciones son: *Monetary standards in the periphery* (Coedición con J. Reis), MacMillan Press, 2000; *El Servicio de Estudios del Banco de España, 1930-2000*, Madrid, Banco de España, 2000; y *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, Madrid, Taurus, 2001.